

# Ruta negra

TRAS LOS PASOS DE ROJAS:  
EN BUSCA DEL MANUSCRITO DE PIEDRA



**Ayuntamiento  
de Salamanca**

Sociedad de Turismo del Ayuntamiento de Salamanca  
Fundación Salamanca Ciudad de Cultura  
Fotografía: David Arranz

# Ruta negra

TRAS LOS PASOS DE ROJAS:  
EN BUSCA DEL MANUSCRITO DE PIEDRA



Se trata de un recorrido histórico-literario por algunos de los escenarios de la novela *El manuscrito de piedra* (Alfaguara), de Luis García Jambrina. La ruta se inicia en el Convento dominico de San Esteban y termina en la Cueva de Salamanca, pasando por el Colegio Mayor de San Bartolomé (hoy Palacio de Anaya), la Catedral Vieja, el Patio de Escuelas de la Universidad, la Cruz de los Ajusticiados..., lugares llenos de historia y de misterio en los que tienen lugar los asesinatos narrados

en la novela y las fascinantes aventuras e investigaciones del detective Fernando de Rojas, el autor de *La Celestina*. Un itinerario mágico que nos traslada a la Salamanca de finales del siglo XV.

Personajes:

**Un fraile dominico.** Es el hermano portero del convento de San Esteban, y hará de guía improvisado por los escenarios de la novela, pero al final resultará ser otra cosa. Va vestido con el hábito dominico.

**Un estudiante.** Recién llegado a la ciudad, quiere conocer los lugares relacionados con la historia que se cuenta en la novela, especialmente la cueva de Salamanca y el manuscrito de piedra. Va vestido de época.

**1.ª ESCENA:  
EL CONVENTO DOMINICO  
DE SAN ESTEBAN**

*(La escena se sitúa en el porche de afuera del convento o, si fuera posible, en el interior del claustro.)*

DOMINICO: Alto ahí, ¿quién va?

ESTUDIANTE: Soy un estudiante que acaba de llegar a la ciudad.

DOMINICO: ¿Y qué buscáis aquí?

ESTUDIANTE: Vengo de lejos, tras los pasos de Fernando de

Rojas, en busca del famoso manuscrito de piedra.

DOMINICO: ¿Habéis leído acaso la novela?

ESTUDIANTE: Aún no, pero he oído hablar mucho de ella.

DOMINICO: Decidme, ¿quién os acompaña?

ESTUDIANTE: Si os referís a esas gentes que están ahí *(señalando al público asistente)*, yo diría que han venido a lo mismo que yo.

DOMINICO: Pues sed bienvenidos entonces, y sabed que

habéis recalado en el lugar oportuno; aquí fue donde empezó todo.

ESTUDIANTE: ¡¿Qué me decís?!

DOMINICO: Que, en este convento, tenía su celda fray Tomás de Santo Domingo, la primera víctima del asesino de la moneda. Fray Tomás, como sabéis, era Catedrático de Prima de Teología de la Universidad y consultor del Santo Oficio. Para él, la cátedra era un púlpito desde el que defender con la elocuencia de su verbo la verdadera doctri-

na y clamar justicia contra los herejes, las brujas y los conversos judaizantes o *rejudaizantes*, como él los llamaba. Por desgracia, fue apuñalado a las puertas de la catedral, cuando, de madrugada, acudía a buscar urgente confesión con el Obispo Diego de Deza.

ESTUDIANTE: ¿Y también vivía aquí fray Antonio de Zamora?

DOMINICO: Veo que conocéis bien la historia.

ESTUDIANTE: En el lugar de donde vengo no se habla de otra cosa.

DOMINICO: En efecto, fray Antonio era el hermano herbolario de este convento. Versado en plantas, semillas y remedios, cultivó con esmero y entusiasmo las semillas que Cristóbal Colón había ido enviando al convento a la vuelta de sus dos primeros viajes a las Indias, como humilde señal de agradecimiento por el apoyo recibido desde esta casa, para llevar a cabo sus aventurados proyectos. Ya sabéis que fue precisamente Diego de Deza, antiguo prior de este convento, el que, tras

varias reuniones con el navegante, convenció a los Reyes Católicos para que financiaran el viaje.

ESTUDIANTE: ¿Y es verdad que, como dicen, Colón estuvo en este convento?

DOMINICO: Tan cierto como que yo estoy ahora aquí. La entrevista con Diego de Deza tuvo lugar en el claustro que, desde entonces, lleva su nombre.

ESTUDIANTE: Y por eso se dice que fray Antonio fue el primero en cultivar la patata y el tabaco en tierras españolas.

DOMINICO: Sabed que también fue el primero en probarlas y sufrir sus efectos. Y ahora, si no os importa, dejadme que os indique el itinerario que siguió fray Tomás la madrugada en que fue asesinado.

ESTUDIANTE: Faltaría más.

DOMINICO: Después de cruzar el puente sobre el arroyo de Santo Domingo, que discurre por ahí abajo (*señalando hacia el lugar*), y atravesar la calle de San Pablo (*señalando de nuevo*), cruzó la puerta de San Sebastián (*la que condu-*

*cía a la actual plaza de Anaya), en la antigua muralla de la ciudad, y comenzó a subir por la cuesta de los Azotados, hasta adentrarse en un laberinto de oscuras callejuelas. A esa hora, entre dos luces, Salamanca tenía algo de tenebroso y espectral, como un gran monstruo dormido que, en cualquier instante, podía despertarse con mal genio.*

ESTUDIANTE: Sólo con oídos describir el recorrido ya le entra a uno el miedo en el cuerpo.

DOMINICO: Vayamos, pues, a la segunda estación de nuestra peculiar vía crucis: el Colegio Mayor de San Bartolomé.

## **2.ª ESCENA:**

### **EL COLEGIO MAYOR DE SAN BARTOLOMÉ**

*(En algún lugar de la escalinata de entrada al Palacio de Anaya.)*

DOMINICO: En este mismo solar donde se alza ahora el Palacio de Anaya, estaba el Colegio Mayor de San Bartolomé. Fundado por don Diego de Anaya y Maldonado en 1401, fue el primer colegio mayor de España. La fachada, eso sí, era entonces más bien humilde, con más ladrillo que piedra, y carente de toda gracia.

ESTUDIANTE: Digo yo que lo importante, en este caso, sería lo que había dentro.

DOMINICO: Y decís bien.

Entre otros privilegios, este Colegio tenía los de impartir docencia dentro de su recinto y disponer de una excelente biblioteca propia con importantes manuscritos. No se trataba, pues, de una simple residencia para estudiantes sin medios de fortuna, sino de un centro educativo en toda regla, con bastantes recursos y una cierta autonomía con respecto a la Universidad. No en vano de él procedían la mayor parte de los cargos administrativos y eclesiásticos

del momento, por lo que era frecuente oír este comentario: *Todo el mundo está lleno de bartolomicos*. Pero lo más interesante, para nosotros, es que aquí estuvo alojado Fernando de Rojas, el futuro autor de *La Celestina*.

ESTUDIANTE: ¿Y cómo pudo estudiar aquí si era de origen converso?

DOMINICO: Según se cuenta en *El manuscrito de piedra*, una vez terminados los tres años preceptivos en las Escuelas Menores, Fernando de

Rojas ingresó en este Colegio por recomendación, pues no sólo no era de limpio linaje, sino que aún no había cumplido la edad reglamentaria, lo que demuestra que fue un estudiante despierto y precoz.

ESTUDIANTE: Sí, pero yo he oído decir que tardó más de la cuenta en hacerse bachiller.

DOMINICO: Lo que ocurre es que, como hombre del Renacimiento que era, le interesaban todas las carreras. Aconsejado por sus protectores, se vio inclinado a los estudios

de Leyes, que, en ese momento, eran los más necesarios para la Corona y los que ofrecían un porvenir más ventajoso. Pero su curiosidad no tenía límites y, por su cuenta y riesgo, llegó a cursar también teología, medicina y, sobre todo, astrología. También le fascinaba todo lo que tenía que ver con la botánica y la farmacia, y, en especial, con el poder curativo de las plantas. Pero, además de muchos conocimientos, tenía una mente deductiva y metódica.

ESTUDIANTE: Cualquiera di-

ría al escucharos que lo habéis conocido en una vida anterior.

ESTUDIANTE: ¿Y se dice en la novela cómo era físicamente Rojas?

DOMINICO: Según parece, era de talla más bien alta y compleción tirando a fuerte. Tenía un rostro de facciones regulares, la dentadura perfecta y la tez blanquecina, en vivo contraste con el color negro de los ojos y del pelo. Por lo general, andaba muy deprisa, aunque sin exagerar la zancada, y con la mirada ausente,

como si estuviera abstraído en sus pensamientos. No obstante, cuando prestaba atención, no se le escapaba ningún detalle. De ahí que fuera elegido por el obispo para investigar la muerte de fray Tomás.

ESTUDIANTE: Por cierto, aún no nos habéis mostrado dónde tuvo lugar el asesinato.

DOMINICO: No se hable más. Vayamos hacia la catedral vieja.

### **3.ª ESCENA:**

#### **ENTRADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL VIEJA, FRENTE AL ANTIGUO PALACIO DEL OBISPO**

*(La escena se sitúa delante de la entrada principal de la catedral vieja, frente al antiguo palacio del obispo, entre la torre de campanas y la torre mocha.)*

DOMINICO: La nueva no tardaría en empezar a construirse,

pues ésta resultaba demasiado pequeña para una ciudad de unos 20.000 vecinos, de los que cerca de 7.000 eran estudiantes, y para una Universidad tan notoria como la de Salamanca, una de las más renombradas de toda la Cristiandad, junto a las de París y Bolonia.

ESTUDIANTE: ¡Ah, no! Os ruego que no volváis a mencionar esa dichosa universidad en mi presencia, si no queréis que me enfade. En mala hora se le ocurrió a nuestras universidades seguir los dictados y modas de Bolonia.

DOMINICO: Calmaos, si queréis vos que os expulsen de la Universidad. Estamos ante el pórtico de la Penitencia de la catedral vieja. Como os decía, aquí fue donde mataron de varias estocadas a fray Tomás de Santo Domingo. Según cuenta la novela, el asesino salió de las espesas sombras que envolvían a esas horas la entrada, sacó su daga de debajo de la capa y, sin mediar palabra, se la clavó en el vientre, en el pecho y en los costados una y otra vez. Fray Tomás, paralizado por el horror, no fue capaz

de pedir auxilio. No le importaba tanto morir acuchillado a la entrada de la catedral como expirar sin haberse confesado, lastrado por una culpa y un secreto de los que ya no podría librarse por los siglos de los siglos. *(Con patetismo.)* «¡Confesión!», alcanzó a decir con el último suspiro.

ESTUDIANTE: Con tanto patetismo me vais a hacer llorar.

DOMINICO: *(Sin hacerle caso.)* Y aquí fue donde, al día siguiente, tuvo lugar su funeral y donde pronto se-

ría enterrado el príncipe don Juan, señor de Salamanca y heredero de los Reyes Católicos. El Príncipe murió, como ya sabréis, en extrañas circunstancias, que Fernando de Rojas, con toda su astucia y sabiduría, se encargaría luego de aclarar. El desenlace tuvo lugar en el palacio del obispo Diego de Deza, que estaba justo ahí enfrente.

ESTUDIANTE: Por lo que veo, Diego de Deza debió de ser un personaje muy poderoso.

DOMINICO: Y tanto. Entre

otras cosas, fue prior del convento de San Esteban y preceptor del príncipe don Juan, para pasar luego a ser arzobispo de Sevilla y Gran Inquisidor. Aunque hacía ostentación de modales suaves, no dudaba en recurrir a la intriga para conseguir sus propósitos, pues era tan inteligente como ambicioso.

ESTUDIANTE: Y, sin duda, tan ambicioso como corrupto.

DOMINICO: Vayamos hacia el Patio de Escuelas. No muy lejos del palacio del obispo, estaba la sede salmantina del

Santo Oficio, que dependía del Tribunal de Valladolid, con cuyo comisario tuvo Rojas más de un altercado a cuenta de la persecución de los conversos.

#### **4.ª ESCENA:**

#### **EL PATIO DE ESCUELAS**

*(La escena se sitúa en el Patio de Escuelas, junto a la estatua de fray Luis de León.)*

DOMINICO: Lo primero que habéis de saber es que, en aquel tiempo, este patio o plaza no existía. Las llamadas

Escuelas Mayores (*señalando hacia el conocido como Edificio Histórico, el de la fachada plateresca de la rana*) y las Escuelas Menores (*señalando hacia el otro lado del patio de Escuelas*) estaban unidas por un estrecho callejón. En las Escuelas Mayores, estaban las aulas y la biblioteca. En medio del claustro había un poste, que era el lugar donde los maestros atendían las consultas de los estudiantes y resolvían sus dudas, pues durante la clase no podían ser interrumpidos. Y os sorprenderá

saber que la elección de los nuevos catedráticos se realizaba entonces por votación de los propios estudiantes, después de oírles dar su lección.

ESTUDIANTE: Ojalá ahora pudiera hacerse lo mismo. Más de uno se iba a enterar.

DOMINICO: Ya lo creo que sí. El Hospital para estudiantes pobres se encontraba justo aquí (*señalando hacia el rectorado*), donde ahora se levanta el Rectorado de la Universidad. En su interior, Rojas pudo asistir a la autopsia de la

prostituta ahogada en un pilón por el asesino de la moneda.

ESTUDIANTE: Y con esta ya van tres muertes. El fraile, la puta y el príncipe.

DOMINICO: Muy cerca de aquí está la calle de Serranos, que en aquel tiempo estaba ocupada por los mercaderes y roperos a los que acudían los estudiantes, cuando llegaban a Salamanca. De modo que, aquí y allá, podían verse tiendas con toda suerte de ropas, muebles y utensilios propios de la vida estudiantil. Entre

ellas, se encontraba la tienda de Jacinto López, cuyo verdadero negocio era la compra-venta de obras prohibidas por el Santo Oficio.

ESTUDIANTE: Nunca faltan buitres que hagan negocio con la desgracia ajena.

## **5.ª ESCENA: LIBREROS, VERACRUZ, CRUZ DE LOS AJUSTICIADOS.**

*(A lo largo del recorrido)*

DOMINICO: Esta calle (*por la calle de las escuelas ma-*

tores, la de Libreros) se llamaba entonces Rúa Nueva. En ese extremo (*señalando hacia el comienzo de la calle*), cerca de la iglesia de san Isidro, estuvo alojado Rojas cuando tuvo que abandonar el Colegio de San Bartolomé. En esta zona estaba entonces la judería, que se extendía hasta la muralla. Más adelante, en la calle de la Veracruz, estaba la alberguería de Ruy Pérez, donde Fernando de Roa y Fernando de Rojas discutieron sobre los misteriosos crímenes, mientras comían en

buena compañía. Y hablando de comer, ahora veremos el lugar donde se encontraba el mesón de la Estrella, uno de los sitios menos recomendables de la ciudad, y al que Fernando de Rojas tuvo que acudir, guiado por sus pesquistas en busca del asesino.

ESTUDIANTE: ¿Y logró encontrarlo?

DOMINICO: No tuvo esa suerte. Y poco le faltó para que le dieran una cuchillada a él.

ESTUDIANTE: Por lo que veo, Salamanca era una ciudad muy

peligrosa en aquella época.

DOMINICO: Lo cierto es que acudían a ella todo tipo de ladrones, rufianes y maleantes en busca de negocio y de sustento. Los estudiantes, por otro lado, eran muy aficionados a las pendencias, y raro era el que no iba armado, para disgusto del maestrescuela, que era el encargado de resolver las trifulcas. Un oficio desagradable.

ESTUDIANTE: Pues si no le gustaba su oficio que hubiese probado a trabajar de curti-

dor de pieles, por ejemplo. No se me ocurre nada peor. Era muy peligroso a causa de los productos que había que usar, que para colmo apestaban.

*(Para entonces ya deberían estar llegando a la cruz de los ajusticiados)*

DOMINICO: Precisamente, extramuros, junto al puente romano se encontraban las tene-rías, donde trabajaban todos los curtidores de la ciudad.

ESTUDIANTE: Mal sitio para vivir

DOMINICO: Pues allí pasó la Celestina algún tiempo.

ESTUDIANTE: ¿Aquel es el puente romano, verdad?

DOMINICO: Precisamente. En ese verraco que se ve ahí (*señalando hacia el mencionado lugar*), Rojas sufrió su primera novatada, cuando unos estudiantes le dijeron que, si acercaba la oreja al toro de piedra, oiría gran ruido dentro de él. Así lo hizo, y el otro, en cuanto vio que tenía la cabeza junto a la piedra, le dio una coscorrón contra el animal y

le advirtió: «Aprende, necio, que un estudiante de Salamanca un punto ha de saber más que el Diablo».

ESTUDIANTE: No sé por qué, esa anécdota me recuerda mucho lo que le sucedió al famoso Lázaro de Tormes. Y a lo que esta misma mañana me ha pasado a mí.

DOMINICO: Era una burla que los estudiantes más antiguos solían hacer a los novatos.

ESTUDIANTE: Supongo entonces que la sacaría de ahí el autor del *Lazarillo*.

DOMINICO: Para mí, que fue el propio Fernando de Rojas el que lo escribió. Pero sigamos con lo nuestro. Del otro lado del río, estaba la Casa de la Mancebía donde el Príncipe fue envenenado y Fernando de Rojas conoció a Sabela.

ESTUDIANTE: ¿Y cómo es que estaba tan lejos del casco urbano?

DOMINICO: Según parece, fue el Príncipe don Juan quien, ordenó que se cerraran los lupanares cercanos a las Escuelas y se concentrara a las mujeres

públicas en una gran Casa de la Mancebía, extramuros. Esto trajo la ruina a todos los que se ganaban la vida con el placer ajeno. Más de un centenar de personas se quedaron en la miseria de la noche a la mañana.

ESTUDIANTE: Pues si fue así, bien merecido tenía el príncipe morir en un burdel.

DOMINICO: Ya sabéis que Dios castiga allí donde hay más pecado. Pero ya va siendo hora de que nos dirijamos a la última estación de nuestro peculiar vía crucis. Me refiero, claro está, a la Cueva.

## 6.ª ESCENA: LA CUEVA DE SALAMANCA

DOMINICO: Esto que veis aquí son los restos de la iglesia de San Cebrián. Según la leyenda, aquí estaba una de las entradas principales a la famosa Cueva de Salamanca. El acceso fue luego clausurado por orden expresa de la reina Isabel la Católica. Tiempo después, se mandó derribar la propia iglesia de San Cebrián y sus sillares fueron reutilizados

para levantar la pared Este de la nueva catedral.

ESTUDIANTE: ¿Y las otras entradas?

DOMINICO: También están cegadas. Pero fue por esta por la que entró Rojas en busca del asesino de la moneda y de su propio destino.

ESTUDIANTE: ¿Y logró por fin descubrir y detener al asesino?

DOMINICO: Por supuesto que sí, aunque a punto estuvo de costarle a él también la vida.

Sabed que fueron muchos los peligros y las trampas a los que tuvo que enfrentarse en su recorrido por ese laberinto subterráneo, una especie de reverso especular de lo que está aquí arriba. Pero su viaje por el inframundo mereció la pena, pues aprendió muchas cosas hasta entonces ocultas y volvió radicalmente transformado.

ESTUDIANTE: ¿Y quién fue, si puede saberse el asesino?

DOMINICO: Para eso, amigo mío, habréis de leer *El ma-*

*nuscrito de piedra.*

ESTUDIANTE: No veo la hora de ponerme a ello. Habéis despertado mi curiosidad. Pero decidme: ¿qué es exactamente el manuscrito de piedra y dónde se encuentra?

DOMINICO: Según la novela, está en el centro del laberinto, justo debajo de las Escuelas Mayores, cubierto por una bóveda más completa y más hermosa que el llamado Cielo de Salamanca. En sus paredes de piedra, fueron dejando su testimonio escrito todas

aquellas personas y culturas que pasaron por la cueva o tuvieron que refugiarse en ella, huyendo de la persecución, la injusticia o la intolerancia. Todo un compendio de sabiduría y de heterodoxia.

ESTUDIANTE: ¿Y sabéis de alguien que lo haya visto, aparte de Rojas?

DOMINICO: *(En voz baja y tono confidencial.)* Se rumorea por ahí que el único que la ha visto, en estos últimos tiempos, es el autor de la novela.

ESTUDIANTE: ¿Y él cómo ha podido entrar?

DOMINICO: Hay quien dice que tiene tratos con el mismísimo diablo, que es quien le inspira los textos. Se asegura incluso que encontró la historia escrita en las paredes de la cueva y que él se limitó a transcribirla y a publicarla con su nombre.

ESTUDIANTE: Pues, si es así, hablaré con él. Le amenazaré con revelar su secreto si no me enseña el manuscrito de piedra. No he venido en pe-

regrinaje desde Compostela para quedarme ahora con las ganas de ver ese lugar.

DOMINICO: Si tanto lo deseáis, yo mismo puedo enseñaros el manuscrito y todo el interior de la cueva. ¿Qué os parece?

ESTUDIANTE: Sí, sí. Haber empezado por ahí. Un momento ¿Y cuánto me vais a cobrar?

DOMINICO: ¿Conocéis la leyenda de la Cueva de Salamanca?

ESTUDIANTE: No me suena.

DOMINICO: *(Con ironía.)* Ya

me parecía a mí. Según se cuenta, en otros tiempos, el Diablo daba clases de nigromancia y otras ciencias ocultas a siete alumnos, durante siete años, bajo la luz de una vela incombustible, en esta misma cripta de la iglesia de San Cebrián. Una vez concluidos los estudios, uno de ellos tenía que quedarse con el Diablo en pago por las enseñanzas recibidas, tal y como estaba establecido y tal y como le ocurrió a Enrique de Villena, de quien se dice que engañó al diablo cambiándo-

se por su sombra, la cual aún sigue encerrada en esa torre.

ESTUDIANTE: ¿Y eso qué tiene que ver con nuestro arreglo?

DOMINICO: Pues bien: habéis de saber que yo soy el Diablo (*se transforma de alguna manera en la figura del Diablo*), y, como pago, por las enseñanzas que de mí habéis recibido, habréis de permanecer conmigo para siempre en esta cueva. (*Prorrumpe en grandes y terribles risotadas.*) ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

ESTUDIANTE: (*Sorprendido y asustado.*) ¿Y por qué yo? Coged mejor a uno de esos (*señalando hacia los asistentes*), que tienen pinta de ser más pecadores que yo.

EL DIABLO: No son almas pecadoras precisamente las que necesito, de esas tengo ya muchas, sino almas cándidas como vos. Y ahora, venid conmigo.

ESTUDIANTE: A mí no, por favor. (*A los asistentes, con tono implorante.*) ¿Qué hacéis ahí? ¡Ayudadme! No de-

jéis que me arrastre al infierno. ¡Confesión!

(*EL DIABLO abre su capa, lo envuelve en ella y se lo lleva; en ese momento podrían apagarse las luces de la cripta para darles ocasión de desaparecer; o pueden esconderse en las escaleras que comunicaban la cripta con el ábside de la iglesia; o de alguna otra forma.*)